
LIBRO DÉCIMOSEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

DESEMBARCO DE NAPOLEON EN EL GOLFO JUAN.—SU LLEGADA
A GRENOBLE, A LEON, A FONTAINEBLEAU.—DECLARACION
DE VIENA.—VIAGE DE LA FAMILIA REAL.

PARA nadie habia caido Napoleon enteramente , y mucho menos para él. La Francia y él se ocupaban de su comun vecindad, pero en silencio , porque ninguna comunicacion, ninguna inteligencia habia establecido entre ellos la menor relacion directa. Solo los viajeros extrangeros hacian este contrabando de un interes tan natural , y sus relaciones se recibian con igual afan por los Franceses de la gran nacion, y por los que habitaban la isla de Elba. A Napoleon le bastaba la superioridad de su discernimiento, para apreciar la verdad en las narraciones que llegaban á sus

fensa. Mientras que se ocupaban de ello, dos nobles ingleses, indignados de un proyecto de traición, cuyo vilipendio recaería sobre su nación, salieron de Viena y fueron á dar á Napoleon noticias circunstanciadas del proyecto, las cuales patentizaron á Napoleon lo arriesgado de su posición. No faltaron algunas personas que creyeron era aquella una red británica para hacer todavía de Napoleon el enemigo común, obligándole á ponerse en una actitud amenazadora; pero esto no fue mas que una suposición. Por otra parte, además de las noticias recibidas del extranjero, también sabia Napoleon que el gobierno real de Francia ya no quería ejecutar el tratado de Fontainebleau, lo cual ponía en juicio la revolución y el imperio. En cuanto á la trama urdida contra él por los individuos del congreso, se ignoraba absolutamente en Paris, donde los partidarios de Napoleon, caídos igualmente en la desgracia, carecían de todo medio de saber lo que pasaba fuera. Los que de entre ellos han sido proscriptos como conspiradores empeñados de antemano en la empresa arriesgada de su vuelta, porque la parte que tuvieron en otro tiempo en su confianza los hacía

sospechosos, no habían hecho la menor tentativa para recordarse á su memoria. Sin embargo nada era mas fácil, como el mismo Napoleon lo dice (tomo II, pág. 33 de sus *Memoorias*): *En el espacio de nueve meses, mas de cien oficiales franceses ó italianos llegaron sucesivamente á la isla de Elba con sus uniformes, y sus pasaportes en regla.* Pero como ya queda dicho, en Francia se conspiraba, sí, mas no en favor de Napoleon. Nadie hubo en el secreto de la isla de Elba mas que el rey Joaquin, á quien Napoleon prescribió aguardase sus órdenes para obrar, y un auditor del consejo de Estado, Fleury de Chaboulon, que de propio movimiento vino á dar cuenta á Napoleon del estado de las cosas en Francia.

En Nápoles se habían comprado municiones de guerra, en Argel armas y en Genova trasportes. Muy en breve se halló todo dispuesto para la partida. El 26 de febrero á las ocho de la noche, mil hombres, entre ellos seiscientos de la guardia, doscientos cazadores corsos, y cien Polacos de caballería ligera, recibieron repentinamente la orden de embarcarse á la señal de un cañonazo. Napoleon eligió este dia porque el comandante de la es-

tacion inglesa se habia ido á Liorna; y para quitar toda sospecha, él mismo daba una funcion en que su madre y su hermana Paulina hacian los honóres. El se escurrió de ella; *se echó la suerte*, dijo al poner el pie en el bergantin el *Inconstante*. Este buque armado con veinte y seis piezas de artillería, tenia á su bordo cuatrocientos granaderos; la flotilla imperial se componia de otras seis pequeñas embarcaciones. En breve perdieron la isla de vista. Nadie sabia donde iban, excepto Bertrand y Drouot. Sin embargo la opinion comun, en la flotilla, era que Napoleon desembarcaria en Italia; por lo demas poco se inquietaban, pues que él se hallaba allí. Al cabo de una hora que estaban embarcados: *Granaderos*, dijo, *vamos á Francia; vamos á Paris*. Las voces de *viva la Francia! Viva Napoleon!* resonaron en los aires; y un regocijo patriótico se manifestó en los viejos granaderos de Fontainebleau.

Así es que el Mediterráneo iba á llevar todavía á Francia, para destronar la familia real, al que, veinte años antes, habia traído de Egipto para deponer al Directorio. Despues que hubo doblado el cabo de San Andres, el viento fué contrario. Al amanecer solo habian he-

cho seis leguas, y el mar se hallaba custodiado por cruceros ingleses y franceses. Los marineros eran de parecer volverse á Porto-Ferrajo; mas, como en su vuelta de Egipto, Napoleon *queria llegar á Francia*, y se siguió la direccion indicada; su proyecto era, si le atacaba un crucero, ó de apoderarse de él, ó ir á Córcega. En el primer caso, quizá era preciso batirse, y para prepararse mejor á esta necesidad, mandó echar al mar todos los efectos embarcados, sacrificio que todos hicieron con gusto. Por la tarde, se descubrieron dos fragatas; y un bergantin frances, que reconocieron ser *el Zéfiro*, vino derecho á la flotilla. Al cabo de una hora, los dos bergantines estaban bordo á bordo, y habiendo preguntado el *Zéfiro* al *Inconstante*, nuevas del Emperador, el mismo Napoleon respondió que estaba bueno. El 28, se reconoció un navío de 74, el que ni siquiera percibió el bergantin de *César*. Todo este dia se ocupó en copiar tres proclamas, dos en nombre del Emperador, la una á los Franceses, la otra al ejército, y la tercera tambien al ejército en nombre de su guardia; los puentes se llenaron de copistas; este singular escritorio de estado mayor

escribiendo á la nota de Napoleon, á vista de los cruceros enemigos, enmedio del mar, en un bergantín sin defensa, es un hecho curioso en aquel periodo tan romanesco de la vida de Bonaparte. En fin, el 1º de marzo, mes favorito del Emperador en sus prosperidades, vió la tierra francesa, y desembarcó en el gofo Juan. Los habitantes no le votaron, como los de Calais á Luis XVIII, una placa de bronce con la señal del pie que habia puesto sobre el suelo, despues de veinte y cinco años de ausencia; pero fue bien recibido por los aldeanos que supieron el desembarque. Establecióse el campamento en un olivar: *Buen presagio!* exclamó Napoleon, *ojalá se realice!* Entre los habitantes que se acercaron, uno de ellos que habia servido, reconociendo á Napoleon, no quiso dejarle mas. *Y bien Bertrand,* dijo el Emperador al gran mariscal, *ya tenemos refuerzo!.....*

Un capitán y veinte y cinco hombres habian marchado ya para Antibes, con orden de presentarse allí como desertores y seducir la guarnicion. Pero Napoleon habia hecho muy mala eleccion en sus negociadores, porque entraron en la ciudad, gritando: *Viva el Em-*

perador! y al momento fueron desarmados y presos. No teniendo noticias de aquel destacamento, envió Napoleón á Antibes un empleado civil encargado de instrucciones para el gobernador; mas, hallando todas las puertas cerradas, no pudo comunicar con nadie. A las once de la noche, la pequeña tropa que Napoleon llamaba *la diputacion de la guardia*, se puso en movimiento; los Polacos iban á pie y llevaban á costilla los equipos que debian servir para los caballos que se comprasen por el camino. Despues de una marcha continúa de veinte leguas, llegó Napoleon al lugar de Cerenon el 2 por la tarde; el 3 durmió en Barreme; el 4 en Digne; el 5 en Gap, en cuya ciudad solo conservó para su guardia cuarenta granaderos y diez hombres de caballería. En Gap, fue donde hizo imprimir las proclamas que habia dictado á bordo el 28 de febrero, por no haber podido él mismo descifrar las que habia escrito en Porto-Ferrajo la víspera de su salida. Aquellas proclamas se desparrramaron con la mayor profusion por toda la Francia, y produjeron sobre la masa de la poblacion un efecto tanto mágico cuanto menos esperado. Presentaban un contraste sin-

gular con todo lo que se hacia entonces; así es que obtuvieron al punto el triunfo de un antiguo hábito sobre una novedad á la que estaban muy mal dispuestos los ánimos; porque llevaban en sí el sello de aquella elocuencia de conquistadores, que tantas veces habia puesto en movimiento el corazon de los Franceses, pronosticándoles cosas tan prodigiosas, ó dándoles las gracias por haberlas ejecutado. Todo el mundo cayó en el lazo; y ademas, á tantos sentimientos generosos, á tantos nobles recuerdos, á tan sublimes esperanzas como renovaba el nombre de Napoleon, se reunia una admiracion fácil de adivinar. Seguramente era una maravilla extraordinaria arrojada de repente enmedio de la monarquía de los Borbones, la aparicion de Napoleon que venia á la cabeza de un destacamento de mil y cien hombres para reconquistar la soberanía de la Francia, y quizá de la Europa! El título que tomó en sus proclamas era el imperial de su reinado: NAPOLEON POR LA GRACIA DE DIOS Y LAS CONSTITUCIONES DEL IMPERIO, EMPERADOR DE LOS FRANCESES, «olvidándose sin duda de su abdicacion, ó mas bien creyéndose libre de un tratado que los aliados

se proponian violar por la fuerza y contra toda especie de derecho; cualquiera que fuese en esto la idea de Napoleon, lo cierto es que no habia perdido la habilidad de hablar á los hombres el lenguaje del ingenio y de la gloria como vamos á juzgar.

PROCLAMA AL EJÉRCITO.

Golfo Juan, 1º de marzo.

« SOLDADOS!

» No, no fuimos vencidos. Dos hombres salidos de nuestras filas hicieron traicion á nuestros laureles, á su pais, á su príncipe y á su bienhechor. Desde mi destierro he oido vuestros quejidos; he llegado al fin por medio de mil peligros y venciendo mil obstáculos. Desde ahora, debemos olvidarnos que hemos sido los dueños de las naciones; pero no debemos tolerar que ninguna se entremeta en nuestros negocios; Quién sera el osado que se atreva á ser amo en nuestra casa?... Volved á tomar esas águilas que teniais en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en

» Montmirail!.... Los veteranos del ejército
 » del Sambre y Meuse, del Rhin, de Italia,
 » de Egipto y del Oeste estan humillados!....
 » Venid á las banderas de vuestro gefe..... la
 » victoria marchará á paso de ataque. El ágrí-
 » to, con los colores nacionales, volará de
 » campanario en campanario hasta las torres
 » de Nuestra Señora..... Cuando seais viejos,
 » rodeados y considerados de vuestros con-
 » ciudadanos, oirán contar con admiracion
 » y respeto vuestras sublimes hazañas. Po-
 » dreis decir con orgullo: Y yo tambien era
 » uno de los que componian aquel ejército
 » grande que por dos veces entró en Viena,
 » en Roma, en Berlin, en Madrid y en Mos-
 » cú, y que lavó á Paris de la mancha que la
 » traicion y la presencia de los enemigos ha-
 » bian hecho. »

PROCLAMA A LOS FRANCESES.

« FRANCESES!

» La defeccion del duque de Castiglione
 » entregó á los enemigos la ciudad de Leon
 » sin defensa. El ejército, cuyo mando le ha-

» bia confiado, tanto por el número de sus
 » batallones, como por el valor y el patrio-
 » tismo de las tropas que le componian, se
 » hallaba en estado de batir al cuerpo de ejér-
 » cito austriaco que tenia á su frente, y venir
 » por la espalda del flanco izquierdo del ejér-
 » cito enemigo que amenazaba á Paris.

» Las victorias de Champ-Aubert, de Mont-
 » mirail, de Chateau-Thierry, de Vau-
 » champ, de Dormans, de Montereau, de
 » Craone, de Reims, de Arcis-dél-Aube y
 » de San-Dizier; la insurreccion de los va-
 » lientes labradores de la Lorena y de la
 » Champaña, de la Alsacia, del Franco-Con-
 » dado y de la Borgoña, y la posicion que te-
 » nia yo á espaldas del enemigo, separándole
 » de sus almacenes, de sus parques de re-
 » serva, de sus comboyes y de todos sus trenes,
 » le habian puesto en una situacion desespe-
 » rada. Nunca los Franceses se hallaron á
 » punto de ser tan poderosos, y lo mas esco-
 » gido del ejército aliado estaba perdido sin
 » remedio; habria encontrado su sepulcro en
 » esas vastas regiones que habia saqueado tan
 » barbaramente, cuando la traicion del du-
 » que de Ragusa entregó la capital y desorga-

» nizó el ejército. La conducta inesperada de
 » aquellos dos mariscales, que vendieron al
 » mismo tiempo su patria, su príncipe y su
 » bienhechor, cambió el destino de la guerra.
 » Era tal la situación del ejército enemigo,
 » que, al concluir la acción que se dió del ante
 » de Paris, se hallaba sin municiones, por la
 » separación de sus parques de reserva.

» En aquellas nuevas y grandes circunstan-
 » cias, mi corazón se partió de dolor, pero mi
 » alma permaneció inalterable, etc. »

El 6 partió Napoleon de Gap para Grenoble. En San-Bonnet, iban á tocar á rebato para levantar la población de aquellos lugares en su favor. « No, dijo á los habitantes, vuestras sentimientos me aseguran de los de mis soldados; porque tantos cuantos encuentre, serán míos. Permaneced quietos en vuestras casas. » En Sisteron, el alcalde (*mair*e) quiso sublevar su concejo contra Napoleon; pero el general Cambrone llegó solo á la cabeza de los granaderos, cuyo alojamiento venia á disponer, é intimidó de tal modo á aquel magistrado, que se disculpó sobre el temor que sus administrados no fuesen bien pagados. « Pues bien, pagaos, dijo Cam-

» brone, arrojándole su bolsillo. Los habitantes suministraron víveres en abundancia, y presentaron una bandera tricolor al batallón de la isla de Elba. Al salir de la casa de ayuntamiento, el general Cambrone se halló detenido con sus cuarenta granaderos por una columna enviada de Grenoble. Trató de parlamentar, pero no se le dió oídos. Instruido Napoleon de este contratiempo, se avanzó con su tropa, reuniéndosele en breve su guardia que habia acudido al peligro á pesar del cansancio de tantas marchas: « Con vosotros, valientes, no temo á una división de diez mil hombres. » Entretanto, el batallón de Grenoble habia retrocedido y tomado posición. Napoleon fue á reconocerle, haciéndose preceder de un oficial, á quien no quisieron oír. *Me han engañado*, dijo Napoleon al general Bertrand; *no importa, vamos adelante*. Se apeó, y descubriendo su pecho dijo á los soldados de Grenoble: « Si hay alguno entre vosotros, si hay uno solo que quiera matar á su general, á su Emperador, bien puede hacerlo; aquí le teneis. » Los soldados respondieron con aclamaciones de *viva el Emperador*; y solicitaron marchar con él sobre

oidos, y para juzgar de la posición de la Francia, respecto á su gobierno. La Francia habia sido vulnerada en todos sus recuerdos, amenazada en sus derechos, turbada en sus gozes, castigada en sus instituciones mas caras; ella sola era la extranjera, los generales, los empleados de la administracion despedidos, la dejaron bien pronto sin protectores y sin guia, á las órdenes de unos príncipes enteramente nuevos para ella, rodeados de viejos generales desconocidos, de una vieja nobleza llena de soberbia y jactanciosa, y de un clero perseguidor. El ejército, humillado con insolentes desprecios, habia visto diezmar el cuerpo de sus oficiales por un ministro, y este era el acusado de Baylen. Tres mil veteranos mutilados en las guerras de la República y del Imperio, iban mendigando de puerta en puerta, á llevar á sus pueblos la noticia de la mudanza de sistema; porque echados de la casa de los Inválidos, habian sido reemplazados por Vandeanos y Chouanes!

Desde el último mes de 1814, debió Napoleon conocer que era llamado hácia la Francia por el descontento que en ella reinaba. Sin embargo no fue de la nacion de quien recibió

la inspiracion de escaparse de su destierro, y de concebir el osado proyecto de añadir á la historia de la conquista de la Europa la de la conquista de la Francia. Aunque bien es verdad que algunos oficiales, entre ellos muchos de la antigua guardia, habian formado una conspiracion, á fin de cambiar el estado de las cosas, y en la cual entraba tambien Fouché, tambien lo es que en ella no se trataba de la restauracion de Napoleon. La idea de volver á Francia, que de repente tomó sobre Napoleon la fuerza de una resolucion, le vino de Paris únicamente por la lectura del *Monitor*, el cual le manifestó que el momento de su vuelta era llegado, así como la lectura de las gazetas de Francfort en Alejandria, le habian dado en otro tiempo la señal de su partida de Egypto. Algunas cartas de Viena, y otras de su cuñado Joaquin, á quien habia perdonado, el cual tenia agentes en el congreso, le fortificaron en su pensamiento, pues que le anunciaban la intencion propuesta á los aliados por los ministros franceses, de sorprenderle en la isla de Elba y trasportarle á Santa Helena. Entonces tomó todas las disposiciones necesarias para poner á Porto-Ferraio en estado de de-